

# Sexta meditación sobre la belleza

Jonathan Lechuga Garrido  
Lingüística y Literatura Hispánica  
jonathan.lechuga@alumno.buap.mx

*Esfuézate por elevar lo divino que hay en ti hacia lo divino que hay en el universo.*  
Plotino

*El que se conoce a sí mismo, a sí mismo regresa*  
Corpus Hermeticum, Primer tratado

*Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre*  
Juan 16:28

Cuando<sup>1</sup> se me propuso hablar sobre «lo Bello», pensaba partir desde mi vida en el campo. Me imaginé describiendo los miles de elementos que componen a la naturaleza circundante, empezando minuciosamente por cada grano de tierra. Después, subiría metafóricamente hasta la copa de los árboles y con aire solemne narraría todas las veces que he visto perecer a los frutos del platanar que nadie conoce. En la medianía del texto, compartiría la anécdota de mi descanso entre las hierbas y cómo es que, mientras al horizonte el sol se pone, en el suelo asciende el canto de los insectos en una suerte de arrullo para nada despreciable. Al final, llevaría al lector hasta mi casa, para contarle que desde hace algunos meses un pajarillo de pecho blanco toca mi ventana todas las mañanas, sin importar si hace frío o calor. Tal vez, este sería el momento idóneo para proyectar mi propio ser en aquella ave, diciendo que es la metáfora de una búsqueda interna que emprendí hace varios años y que hoy ve la luz en forma de señal arquetípica. Sin embargo, discurrir poéticamente está muy lejos de lo que en realidad pienso sobre la belleza, incluso si las páginas que siguen demuestran lo contrario. En mi defensa —y

<sup>1</sup> Como se indica en el título, el presente texto constituye una reflexión personal acerca de «lo Bello», desprendiéndose de aquí su carácter íntimo, y en ocasiones, fragmentario. Ciertamente, los argumentos esgrimidos en este espacio beben numerosas veces de Cinco meditaciones sobre la belleza, escrito magnífico de François Cheng del cual he tomado inspiración para maniobrar sobre un tema tan voluble como el ya mencionado. Por su genialidad, ruego encarecidamente al lector para que se remita a ese texto en cualquier momento.

comprendiendo al mismo tiempo la empresa a la que me enfrento— he de decir que debo valerme de todas las herramientas colocadas a mi alcance, so pena de contradecirme mientras avanzo. A estas alturas —pienso—, poner en tela de juicio mis propias creencias se pinta agradable y también necesario. Reflexionando en ello, me doy cuenta de que la discrepancia entre los argumentos pasados y los actuales se desprende necesariamente del sujeto que los produce, dado que su existencia —quiera o no, piense en ello o lo niegue— es todo presente. Si algo fortalece a la experiencia de vida es la capacidad de reinención, tomando lo venidero con sabiduría y lo presente, con asombro. Quien de su pasado construye un templo está destinado a perecer sin siquiera haber nacido. Con la belleza sucede algo similar, aunque en diferentes grados. Comenzaré, pues, a través de los más elementales.

La visión humana es capaz de discernir entre las cosas que le son agradables de aquellas que le producen hastío, siendo radicalmente distintas de un sujeto a otro. En tanto cada individuo se desarrolla bajo su propia idea de la realidad, las fronteras sobre lo bello se desdibujan, reduciéndose casi al absurdo. Siendo así, ¿diré que una forma de belleza es más válida que cualquier otra? En absoluto. Sin embargo, más adelante volveré sobre este punto. Basta decir aquí que cualquier forma de belleza enunciada tiene algo en común con las otras y es el disfrute que genera en quien la experimenta. De esta manera, podemos extender la idea más lejos y decir que cualquier cosa que nos genere placer «es bella», resolviendo así la dificultad de que ciertas cosas sean bellas para unos y desagradables para otros. Posicionando el juicio en el sujeto, es posible decir que la incapacidad de los demás para «apreciar lo que consideramos bello» se desprende de su imposibilidad de ver *lo que nosotros vemos*, en la medida en la que *nosotros lo vemos*.

Argumento interesante, sí, pero débil y superficial. Me permito reformularlo de la siguiente manera. En primera instancia, diré que la multiplicidad de formas bellas no sólo es posible, sino que también es necesaria en el entendido de que cada uno de los seres posee una experiencia de vida irrepetible y variada. Siendo distintos y de diferentes alcances, cada atisbo de belleza se articula también como único, tanto en el espacio como en el tiempo. De aquí su carácter efímero, íntimo, privado.

Líneas atrás, fue sencillo decir que todo lo

bello genera placer, pero si la meta es alcanzar la sustancia última de la belleza —tal como es el propósito del presente escrito—, es imposible que me detenga en este aspecto. Si bien es cierto que el contacto con la belleza suscita placer, el placer se articula como una consecuencia y no como una meta en sí, porque de lo contrario, se estaría desviando el camino en aras de un objetivo destinado a la extinción temprana.

Llegado a este punto, es momento de proponer soluciones. Si estamos de acuerdo en que el juicio de belleza depende del sujeto, pero que al mismo tiempo todas las formas bellas suscitan un sentir deleitoso idéntico, ¿es posible decir que hay un común denominador, como origen y como destino? Pienso que sí, pero avanzaré con cautela.

Como dije antes, la belleza de los cuerpos es innegable, pero no puede ser el fin último, en tanto el placer que suscitan tampoco lo es. Sin embargo, este deleite sirve como indicador de algo más grande, que se hace por completo evidente cuando la mirada interna toma posesión del sujeto experimentante. Ante la belleza, el alma realiza un juicio de conveniencia que va de adentro hacia afuera, porque su terreno de acción ya no son los cuerpos, sino la virtud que revisten. Siguiendo lo anterior, diré que todas esas virtudes no son sino formas de belleza, desprendidas al mismo tiempo de una categoría superior que llamaré «lo Bello»<sup>2</sup>, haciendo énfasis en la mayúscula inicial.

Por «lo Bello» comprendo un elemento informe, que precisamente carece de límites dada su extensión en las cosas que participan de él. Al mismo tiempo, este ser simboliza una paradoja: en tanto emanan de su naturaleza, está en absolutamente todas las formas de belleza, y al mismo tiempo no se encuentra en ninguna, dado que es imposible aprehender su totalidad sin importar cuán perfecta o sublime sea la fuente en la cual se refleje. Lo Bello subyace a las bellezas inferiores, les comparte de su luz y las hace ser lo que son, sin importar cuán grandes o pequeñas pueden parecer. A raíz de ello, es por lo que de estas predicamos «que son bellas» y no «que tienen belleza», porque lo segundo supone un acto de posesión que va en contra de lo que enunciamos antes. Lo bello es, no se hace. Porque si se hace no sería bello internamente, sino sólo un disfrute exteriorizado y vano. Tal vez, de aquí se desprende el sentimiento de vacío que experimentan todos aquellos sujetos que sustentan su vida exclusivamente en el

placer: dado que aspiran a la nada, su fruto es la nada, porque han sido corrompidos.

Con lo anterior, resolvemos la coincidencia del placer deleitoso experimentado por todos los sujetos. Si bien las formas de belleza que les provocan placer pueden ser opuestas diametralmente, siempre hay un punto de confluencia entre ellas y es el hecho de que participan de algo más grande que les permite trascender. Tal parece que me voy acercando al punto adecuado, pero es menester seguir el argumento hasta sus causas últimas.

Si aceptamos que todas las formas de belleza contienen en sí mismas el potencial de «lo Bello», ¿por qué parece como si algunas de ellas nos orientaran hacia el camino de lo perjudicial, como lo es el exceso del placer? ¿Será que algunas partes de «lo Bello» son buenas, mientras que otras son malas? Para resolver este conflicto, me permito volver casi al inicio de este trabajo, donde enunciaba la cuestión acerca de la validez que compete a las diferentes formas de belleza. Nuevamente, se acepta la multiplicidad inherente a estas, pero para llegar a las causas últimas debo bifurcar el camino de la siguiente manera:

1. Por un lado, se tiene a las bellezas que tienden a «lo Bello», dado que las subyace y las posibilita. Nos encontramos, pues, ante las *bellezas reales*.

2. En contraparte, aparecen las bellezas que no tienden a «lo Bello» y que esencialmente no deberían llamarse «bellezas», en tanto no están sostenidas por el ideal antes mencionado. Estas son las *bellezas ilusorias*.

Naturalmente, el establecimiento de esta jerarquía supone un problema, porque entonces las formas bellas no tienden de forma única a «lo Bello», en tanto «lo Bello» tampoco tiende unívocamente a sí mismo, sino a algo superior de donde toma su carácter y estructura. Como bien diría Plotino, «(...) por eso, cualquier cosa que, reducida a forma, presentase al alma, ésta busca otra cosa por encima de lo configurado [la belleza perceptible, sustentada en lo Bello]: al configurador» (*Enéada VI*, 7 [38], 33, 15 – 20; el resaltado es propio). Por comodidad —y porque en realidad, no hay nada que se le compare—, a este «configurador» le llamaremos «Bien». Sin embargo —y para hablar de este concepto tan intrincado—, es necesario echar mano de herramientas metafóricas. Desde ahora, me disculpo si la narrativa se oscurece.

Del Bien puedo podemos predicar mil atributos, pero su terreno de acción no se

2 De aquí en adelante, sigo parcialmente el pensamiento de Plotino al respecto, tal y como podrá verse en las distintas referencias hechas a lo largo de todo el texto.

encuentra al alcance de las palabras. Tratándose de una naturaleza tan eximia «(...) que no necesita de ningún auxilio, hay que desechar del todo las demás cosas. Porque cualquier cosa que le añadas, ya has aminorado con añadiduras a quien no necesitaba de nada» (*Enéada VI, 7* [38], 41, 15 – 20). Nos encontramos, pues, frente al origen de todas las cosas, incluido «lo Bello», las bellezas que emanan de él y también, las almas particulares que lo reconocen y que aspiran a unírsele: «por lo tanto, el Principio no es ninguno de los Seres y es todos los Seres: ninguno, porque los Seres son posteriores; todos, porque provienen de él» (*Enéada VI, 7* [38], 32, 10 – 15). Potencia y acto, causa y consecuencia, origen y destino: todo es Bien.

Siendo así, reconfiguremos nuestra estructura para ver qué tanto hemos progresado. Partimos de la comprobada existencia de las bellezas formales, reconocidas a través de los sentidos. Sin embargo, pronto hicimos una división, diciendo que las bellezas formales pueden ser de dos tipos: las reales, que encarnan una parte de «lo Bello» — siendo eso lo que les permite existir— y las ilusorias, que se han quedado embotadas en el placer inherente a la belleza formal y que por ende, nunca trascienden. Con esta división, impulsamos el aparecer del «Bien», categoría superior que sustenta a «lo Bello» y por ende, también a las bellezas reales.

Ahora bien, ya que conocemos la existencia de los dos grandes tipos de belleza, ¿cómo podemos distinguir el uno del otro? Para empezar, ¿es humanamente posible? Veamos. Si seguimos el argumento sobre la naturaleza del Bien, diremos entonces que el alma no sólo reconoce a la belleza real, sino igual al resquicio de Bien que habita en ella<sup>3</sup>. Y como el alma misma proviene del Bien, el impulso hacia esta belleza se trata más de un reconocimiento que de un descubrimiento propiamente dicho. En términos más claros, diremos que el interior bello ve reflejada su propia naturaleza en otro interior bello y por ende, desea ser uno mismo con él, anclarse a sus alas y ascender hasta el fin último, que es el Bien.

Dado que el Bien, siendo perfecto, no necesita de nada ni tampoco aspira a nada, es necesario que el alma particular lleve a cabo todo el trabajo de purificación para asemejarse cada vez más a la naturaleza que anhela. Necesariamente, su primer

obstáculo será el deleite que emana de las bellezas ilusorias, semejante en grado, pero jamás en profundidad a comparación de las bellezas reales. Las primeras son huecas, estériles, mientras que las segundas provocan en quien las experimenta una serie de emociones jamás imaginada anteriormente: «(...) estupor, sacudida deleitosa, añoranza, amor y conmoción placentera» (*Enéada I, 6* [1], 4, 15 – 20). Poco a poco, el alma agudiza sus percepciones. Se vuelve más sensible ante las bellezas que antes ignoraba y que hoy simbolizan para sí el único camino deseable. Las reconoce, pero al mismo tiempo —y más importante aún—, se reconoce a sí misma en todas y cada una de ellas. Porque ahora el propósito no versa sobre la consecución de lo Bello, sino de aquel que lo posibilita: el Bien. No se está detrás de la artesanía, sino del artesano. He aquí la clave.

Si se acepta lo anterior, diremos que todo acto deseoso de lo Bello es necesariamente un acto deseoso del Bien, que da origen no sólo a la belleza perseguida, sino también al sujeto que la tiene por meta. De esta manera, el individuo busca en sí mismo el origen que le ha dado vida y del cual tiene un resquicio, que se activa y se agiganta al contacto con sus similares. Por esa razón, argumenta Plotino, «(...) el alma no se mueve entonces, porque tampoco se mueve aquél [el Bien]; ni es alma, por tanto, porque tampoco vive aquél, sino que está más allá de la vida; ni es inteligencia, porque tampoco piensa, ya que debe asemejarse a aquél. Y ni siquiera piensa que ni siquiera piensa» (*Enéada VI, 7* [38], 35, 40 – 45). Entonces, ser uno con el Bien es ser uno con uno mismo y con la potencia interna que lo motiva a volver del sitio de donde originalmente proviene. Este principio es imborrable para el alma que lo conoce, pues adopta la forma de un recordatorio: su propósito no termina aquí, sino que apenas comienza. «Conviene, pues, apresurarse (...)» diría Marco Aurelio. Pensando en que la meta empieza y acaba en uno mismo, el límite de los pretextos se desdibuja por completo.

Justo en el ocaso de este escrito, viene a mi memoria una frase con la cual he estado soñando desde hace varios meses. «El amor es reconocerse a sí mismo en el otro», decía Eckhart Tolle. Cuando la leí por primera vez, supuse que se refería a afinidades propias de las relaciones humanas, como gustos, propósitos o ideologías. Sin embargo —y a la luz de lo

que he compartido hoy—, puedo decir con franqueza que nunca estuve más lejos de la verdad como en aquellos instantes.

#### REFERENCIAS

- \* Cheng, François. *Cinco meditaciones sobre la belleza*. Traducción de Anne-Hélène Suárez Girard, Ediciones Siruela, 2007.
- \* Plotino. “I 6 (1). *Sobre la belleza*”. *Enéadas I – II*. Traducido y editado por Jesús Igal, Editorial Gredos, 1982, pp. 271 – 293.
- \* ---. “VI 7 (38). *Sobre cómo vino a la existencia la multiplicidad de las ideas, y sobre el Bien*”. *Enéadas V – VI*. Traducido y editado por Jesús Igal, Editorial Gredos, 1998, pp. 409 – 486.



<sup>3</sup> «[El alma] contempló como atónita, se dió cuenta de que llevaba consigo algo de aquél [el Bien] y entró en estado de nostalgia como los que con el retrato del ser querido se sienten movidos al deseo de ver a su amado en persona» (*Enéada VI, 7* [38], 31, 5 – 15).